

C-1

38

BURGOS

CERTAMEN PEDAGÓGICO

— 1889 —

Imprenta de Santiago Rodríguez Alonso

NO SE PRESTA

sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura

7.40473
C 56974

BPE Burgos



3356974 BU 1916 (7)

10509/4

BU 1916 (7)

BURGOS. — 1889.

FERIAS Y FIESTAS DE SAN PEDRO Y SAN PABLO.

CERTÁMEN PEDAGÓGICO.



COMPOSICIÓN PREMIADA

PERTENECIENTE Á

D. Agustín Ruiz Yanguas,

*Profesor de una de las Escuelas Municipales de esta Ciudad,
laureado en varios Certámenes Pedagógicos y Caballero de la
Real y distinguida Orden de Carlos 3.º*

BURGOS:

Imp. y lib. de S. Rodríguez Alonso,

Pasaje de la Flora, núm. 12.

Al

dignísimo Sr. Presidente del Jurado,
el muy ilustrado Catedrático de este Instituto,
D. José Martínez Rives, en prueba de la
distinguida consideración y especial cariño que
le profesa su afmo. a. y S. S.

Agustín Ruiz Yanguas,

CERTÁMEN PEDAGÓGICO

CELEBRADO EN BURGOS

por iniciativa

DE D. JACINTO ONTAÑÓN, DIRECTOR DEL PERIÓDICO
«EL PAPA - MOSCAS»

y patrocinado

POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO Y VARIAS PERSONAS
AMANTES DE LA INSTRUCCIÓN.

TEMA 3.º— PARA MAESTROS.

*Fin religioso y social de la instrucción primaria.
Medios para su consecución.*

PREMIO:

La obra «**Vida de Nuestro Señor Jesucristo**» dos tomos,
lujosamente impresa y encuadernada, ilustrada con grabados
en acero.

Regalo del Sr. D. Santiago Rodríguez Alonso, propietario de LA
IMPARCIALIDAD.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

RESEARCH REPORT

NO. 100

BY

J. R. OPPENHEIM

AND

H. S. GARDNER

CHICAGO, ILLINOIS

1951

JURADO.

Sr. D. José Martínez Rives, Catedrático de Geografía é Historia de este Instituto provincial de segunda Enseñanza, Presidente.

Sr. D. Nicolás Márquez, Canónigo de esta santa iglesia Catedral y Vocal de la Junta provincial de instrucción pública.

Sr. D. Rafael de Palacios, Abogado y primer Teniente de Alcalde de este Ayuntamiento.

Sr. D. Félix Cecilia, Abogado y Diputado provincial.

Sr. D. Bernardino Velasco, Director de la Escuela Normal.

Sr. D. Miguel Giraldo, Inspector de primera enseñanza.

Sr. D. Antonio Alvarez Carretero, Profesor Normal y Regente de la Escuela práctica superior, Secretario.

LIBRARY

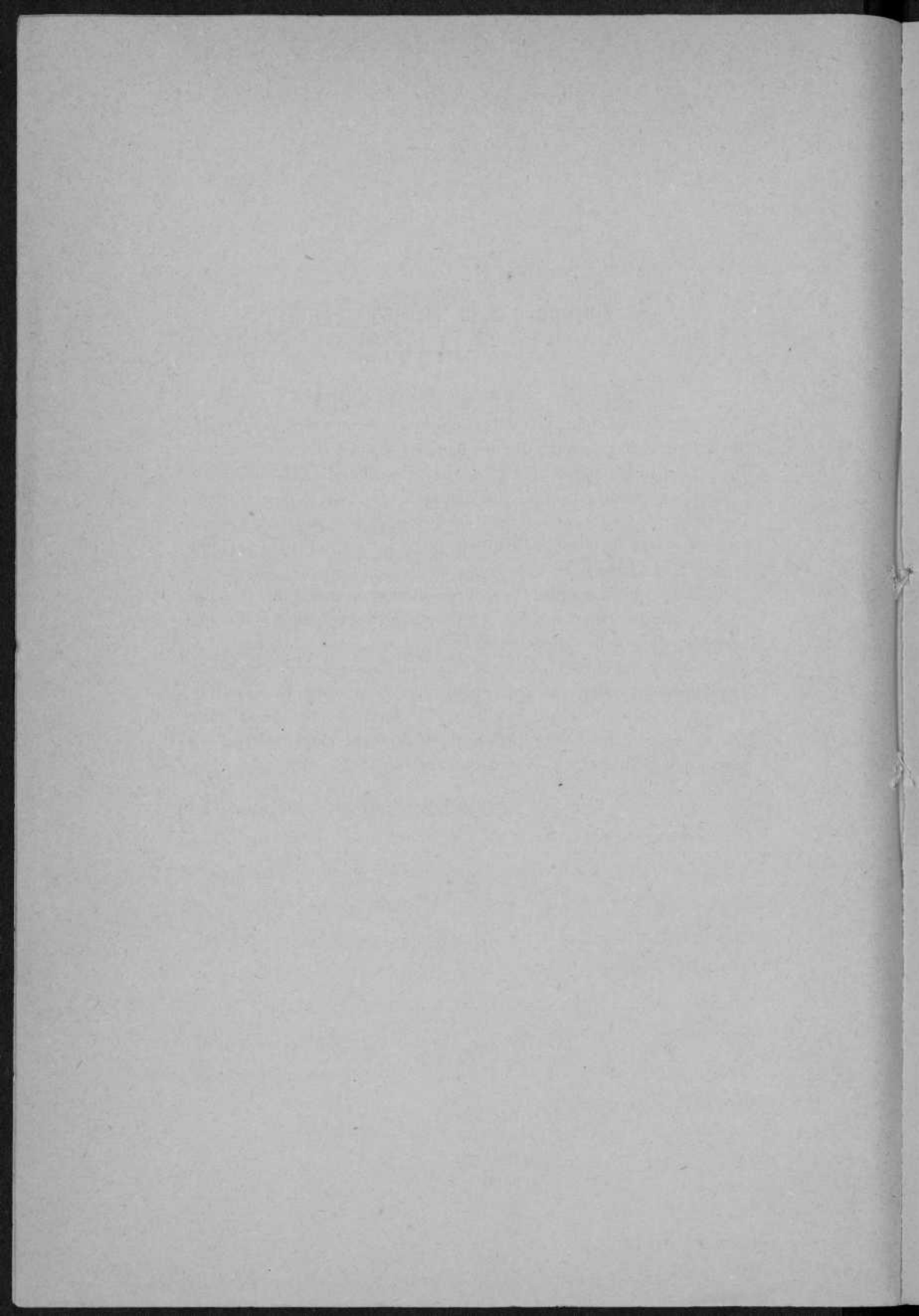
A Burgos y á la Prensa Local.

Mi querido pueblo: Á tí debo no sólo el primer aire que respiré, sinó las simpatías y afecto que me has demostrado. Tu gloriosa historia, tu heróico pasado, tus inmarcesibles laureles, tu acrisolada nobleza, tu probada lealtad, son motivos más que suficientes para quererte; pero además eres mi cuna, y la de mis padres, y por eso hace tiempo te he consagrado mi cariño; toda la actividad de mi alma es para tí, mi poco valer es tuyo.

Excmo. Ayuntamiento, como representante que sois de tan noble pueblo, admitid en su nombre este pequeño y humilde trabajo que le dedico, en prueba ostensible de mi reconocimiento y amor.

Grande y noble es ¡oh Prensa! tu misión: instruir, deleitar, corregir, defender y velar por los intereses morales y materiales del pueblo. Aunque el último acaso de ella, á ella consagro mis escasos ratos libres. Acoged, pues, este insignificante tributo de consideración y afecto que á Burgos y á Tí os ofrece vuestro s. s.,

Agustín Ruiz Yanquas.



FIN RELIGIOSO Y SOCIAL DE LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA. MEDIOS PARA SU CONSECUCIÓN.



LEMA.

Vani autem sunt omnes homines, in quibus non subest sciencia Dei:

Vanos son ciertamente todos los hombres, en quienes no se halla la ciencia de Dios.

(Libro de la Sabiduría, c. 13, v. 1.)

El sol, imágen de Dios, derrama la vida sobre todo lo criado, alumbra y vivifica el Paraiso; las flores esmaltan su hermoso suelo, alfombrado de verde hierba; los arroyos alegran con sus murmullos la deliciosa mansión del Edén; el rocío refresca las plantas; el mar azul y tranquilo, espejo magnífico del cielo, ciñe á la tierra; la nacarada luna baña con tímidos rayos al mundo, como lámpara que brilla en el inmenso espacio; el pajarillo que canta en la enramada, todo, en fin, prueba, con mudo lenguaje, la existencia de un Dios bueno, pródigo criador y omnipotente.

Era el día sexto. Dios dice: «*Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*». Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza». Y en efecto; ante la sola voluntad del Criador, surge del limo de la tierra un cuerpo perfectísimo, y de la nada, un alma inmortal. El hombre, sí, en cuyo cuerpo se descubre un aire de majestad tan extraordinaria, que desde luego manifiesta su nobleza y la preferencia que tiene sobre los demás animales, y en cuya alma, semejante á su Criador, espiritual, inmortal, capaz de conocer y de amar, de sabiduría y de virtud, de gracia y bienaventuranza, se ve claramente que, unida al cuerpo, viene á formar un sér misterioso, grande, y que es el soberano de la creación, porque es el único que tiene entendimiento para conocer á su Dios, voluntad para quererle y memoria para tenerle siempre presente, que á Él debe su existencia, cuanto es y cuanto vale. Ya tiene Dios un templo en el Universo y un altar en el corazón del hombre.

«*Dixit quoque Dominus Deus: Non est bonum esse hominem solum:*» Dijo también el Señor Dios: No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle ayuda semejante á él. Y sacando una de sus costillas, durante el profundo sueño que le infundiera, formó de ella la primera mujer, Eva.

Ya tenemos, pues, al primer hombre, á Adán, constituido en sociedad, y por consiguiente, con de-

beres sacratísimos para con su Criador y para con la sociedad, que más adelante había de multiplicarse, cumpliéndose las palabras del Señor de «Créscite et multiplicámini et replete terram.»

Ahora bien; después del primer hombre, ¿cómo viene el niño al mundo? Viene débil, nace desnudo, sin locomoción, sin medios de poder atender por sí mismo á su conservación. Mientras el ave surca ligera los aires á los pocos días; el pez, cual ligero bajel, recorre las aguas apenas sale del huevo, y el bruto, á los pocos meses, se basta á sí propio para vivir.

Tiene el niño, en verdad, menos naturaleza, porque ha de tener más espíritu; tiene menos instinto, porque ha de tener más razón. Empero si el niño, al llegar á ser hombre, ha de cumplir su misión en esta vida y encaminar todos sus actos á la consecución del fin último para que fuera criado, necesaria se hace, es absolutamente precisa su educación. Porque el hombre, con ser más grande que el sol, como dice Pascal, porque él piensa, conoce, siente y quiere, y el sol nó, está expuesto á extravíos, y no puede hacer nada por sí solo sin que la educación le dirija desde los primeros años de la vida. Un niño abandonado desde la infancia, difícilmente podría dominar los vicios y pasiones á que le arrastraría su peor enemigo, la carne.

Sin la educación, la mayor parte de sus facultades quedarían sumidas en el letárgico estado en que apa-

recen al principio de su existencia; los más preciosos gérmenes no llegarían á desarrollarse y fructificar, sin la educación, que es el suave rocío, el dulce calor que hace brotar las hermosas semillas que el Criador depositara en el alma y en el corazón del niño, como desarrollarse no puede la semilla en la tierra sin el agua y el calor del sol. Porque la educación desenvuelve la sensibilidad, desarrolla las fuerzas físicas del niño, prepara las facultades de la inteligencia para la adquisición y el descubrimiento de la ciencia y de la verdad, y habitúa al hombre á practicar lo bueno, lo justo, lo honesto y á arraigar en el corazón sentimientos de amor á Dios y al prójimo.

Ya vemos que el hombre por su esencia es inferior á Dios, es dependiente de Dios y está sumiso á Dios. Es una criatura, ha recibido del Criador todo lo que es y todo lo que tiene; su propia existencia la debe en cada momento á la acción conservadora de Dios. Esta idea excluye del hombre la idea de independenciamiento; luego el hombre debe á Dios obediencia, amor y adoración, por el supremo dominio que, como Señor, tiene sobre nosotros, por los muchos y señalados beneficios que nos dispensa, por nuestra inferioridad y por la necesidad misma de nuestra sumisión. Dios es dueño absoluto, no sólo de nuestra alma, sinó también de nuestro cuerpo, le debemos cuanto somos y cuanto tenemos.

Luego la primera condición de la educación es que sea religiosa, éste es su objeto y fin principal. El deber, pues, de todo Maestro, sus atenciones y cuidados deben ser la educación religiosa, cuyo deber cuidados y atenciones están basados en el fin para que el hombre ha sido criado, que es «Para servir á Dios en esta vida y después gozarle en la eterna».

Y en efecto, la prosperidad de la sociedad, según dice San Agustín, depende únicamente de la Religión consagrada á honrar á Dios. Y el mismo Santo Doctor continúa: «Tú instruyes y tú ejercitas á los niños con los miramientos que requiere su edad; á los jóvenes con fuerza; á los ancianos de una manera suave, y basándote, no solo en las fuerzas físicas de cada uno, sinó en el desarrollo de sus almas; tú sometes la mujer á su marido por los lazos de una casta y fiel obediencia, no para permitirles que satisfagan las pasiones carnales, sinó para propagar la raza y constituir la sociedad de la familia. Tú das á los maridos autoridad sobre sus esposas, no para burlarse de la debilidad de su sexo, sinó para hacer que reinen entre ellos las leyes de un sincero amor. Tú subordinas los hijos á los padres, sujetándoles á una especie de servidumbre que los deja libres. Tú sobrepones los padres á los hijos, revistiéndoles de una autoridad templada por la bondad. Tú aproximas por relaciones menos sociales que fraternas, los ciudadanos á los ciudadanos, las

naciones á las naciones y á los hombres entre sí por el recuerdo de sus primeros padres. Tú enseñas á los Reyes á velar por los intereses de los pueblos y á los pueblos á someterse á la autoridad de los Reyes. Tú enseñas con cuidado á quien es debido el honor, á quien el afecto, á quien el respeto, á quien el temor, á quien el consuelo, á quien la advertencia, á quien la exhortación, á quien la disciplina, á quien la represión, á quien el castigo, y tú haces ver cómo, si á todos no se debe todo ésto, á todos es debida la caridad y á nadie la injusticia. (1) ¿Hay, pues, nada más elocuente que pruebe que la prosperidad de la sociedad depende de la Religión? Luego el Fin Religioso de la instrucción primaria debe ser arraigar en el tierno corazón del niño los sentimientos más profundos, los hábitos más sinceros de Religión.

Es una verdad, por todos reconocida, que no puede haber grandes nacionalidades cuando falta la base principal de su engrandecimiento y felicidad, que es el Evangelio; cuando los sentimientos religiosos y morales, alma de la educación, no están identificados, formando la manera de ser y de existir en todos los ciudadanos. Porque la Religión es una emanación divina que enaltece á los pueblos con su presencia y castiga á los hombres y naciones que desconocen ó niegan su celestial origen y su benéfico influjo.

(1) Carta 238.

Si se han de depurar las costumbres públicas, si la impiedad ha de perder su asiento en nuestra caduca y descreída sociedad; si el indiferentismo no ha de continuar secando las más hermosas fuentes del corazón, y si el materialismo y racionalismo no han de ser las ideas que, rechazando la fé, perviertan las inteligencias, llegando hasta la negación de las cosas más sagradas, preciso se hace que la primera instrucción de la niñez tienda, en primer lugar, á arraigar en el tierno corazón de los niños el amor á la Religión, porque la parte principal del hombre es el alma, que, como espiritual, es inmortal, y como inmortal le aguarda un fin último, venturoso ó desgraciado, según las acciones que con el cuerpo, su compañero é instrumento, hubiera llevado á cabo en esta vida terrena.

Hoy que la fé va casi desapareciendo, y que los (mal llamados) espíritus fuertes creen que la Religión es propia solamente de mujeres y niños; hoy que se pretende hacer de la *razón* el único dios y del materialismo y naturalismo la norma de las conciencias; hoy que, según el célebre pedagogo italiano Parato, amenaza un peligro inminente á la juventud, y este peligro más aún que en las aulas existe fuera de ellas; á saber: en el ambiente social que rodea y envuelve á la *escuela* y la *familia*, se hace preciso que los encargados de la niñez converjan todos sus esfuerzos á hacer niños profundamente religiosos; pero con conciencia

y convencimiento íntimo de lo que es la verdadera Religión. Porque de esta manera, no sólo se cumple *el fin religioso* de la primera enseñanza, sino que preparando una nueva generación sinceramente religiosa, lograremos purificar la atmósfera social en que vivimos, ya demasiado corrompida y viciada por la continua propaganda del error en el orden de las ideas, y por el escándalo del vicio en la esfera de las costumbres.

Así es que, si la primera enseñanza no cumple su fin religioso, que, como ya hemos dicho, es arraigar en el tierno corazón del niño las máximas sacrosantas del Redentor de la humanidad, los sublimes preceptos de su Evangelio, si la fé, pero la fé viva, no alumbró su espíritu y le dirige por el intrincado laberinto de la vida; si la caridad, la humildad, la prudencia, la justicia, que son las bases más sólidas de nuestra Religión, no anidan en su alma, entonces la falta de tan firmes bases producirá en el mundo moral el egoísmo, en el político la fuerza, y en todas partes el desorden y la esclavitud.

Dados estos antecedentes, nadie podrá negarnos que, puesto que la instrucción primaria, la Escuela, tiene por objeto dar á la sociedad ciudadanos buenos é instruidos, á los padres, hijos que sean la honra y el amparo de su vejez, y á la familia, padres que sepan cumplir fielmente sus deberes sociales y religiosos, el fin primordial de la instrucción primaria es la ense-

ñanza religiosa, porque un hombre de recto corazón y sana conciencia puede elevarse sobre el de más sublime inteligencia; y un ignorante profunda y sinceramente religioso, que sabe amar á sus hermanos, que se sacrifica en aras del bien, que su norte es la justicia, y su ideal la consecución del fin último para que fuera criado, vale más que Newton descubriendo las leyes del universo, más que Franklin aprisionando el rayo, más que Fulton con todas sus aplicaciones del vapor; y más que Edison disputando al sol su luz con la electricidad.

Porque la Religión, con su doble misión de maestra y depositaria de la verdad y dispensadora del bien, es la única luz que, descendiendo desde las celestes regiones, disipa las tinieblas que nos ocultan nuestro porvenir; descubre las sendas por donde los pueblos y los individuos pueden marchar seguros á la realización de sus ideales, y es el refulgente faro que guía á la humanidad al puerto de salvación.

Hoy que la sociedad ha llegado á la indiferencia religiosa y que no tiene más ley que la del oro, ni más moral que la del interés, ni más Dios que el negocio y los goces materiales; hoy que, como dice el célebre Augusto Nicolás, el síntoma más desconsolador de la sociedad actual es que teme afirmar á Dios y no teme ayudar á la revolución, es de absoluta necesidad que la primera enseñanza, como ya hemos dicho y no nos

cansaremos nunca de repetir, sea eminentemente religiosa, porque el fin religioso de esta enseñanza es producir en el mundo moral la *caridad*, con la cual, ni las guerras, ni la envidia, ni el odio, ni las pasiones, ni la injusticia, ni el dolo, ni la perfidia, ni la tiranía, ni la insubordinación son posibles, produciendo, por último, en el político el derecho y la verdadera libertad, no el libertinaje.

Y como los niños, así como todos los organismos jóvenes, por razón de su tierna edad, están en las condiciones más ventajosas y más favorables para apropiarse lo que ven y lo que oyen, y para adaptarse fácilmente á la vida y ambiente que les circuye y rodea, es preciso que el primer elemento de su educación, la primera savia que ha de nutrir su tierno corazón, sea el sentimiento religioso. Este es el fin principal de la instrucción primaria, preparar hijos para el cielo, es decir, dar á Dios lo que es suyo, lo que de derecho le pertenece, sin que, como veremos en la segunda parte de nuestra memoria, dejemos de dar á la sociedad también lo que por razón natural, por razón social y divina le pertenece.

Páginas enteras pudiéramos llenar en confirmación de nuestro aserto, si no temiéramos hacernos pesados, así, creyendo suficientemente probado el *fin religioso* de la 1.^a enseñanza, pasaremos á manifestar los medios para su consecución.

Medios para su consecución.

Como los verdaderos sentimientos religiosos no consisten únicamente en la práctica de ciertos actos externos, en recitar más ó menos oraciones, muchas veces sin conciencia de lo que se hace ó dice, puesto que no pocas los lábios se mueven, la lengua articula, y la mente y el corazón no están allí más que materialmente, sinó en el cumplimiento exacto de nuestras obligaciones respectivas, en el amor sincero, gratitud y profunda reverencia hácia el Señor de todo lo criado, en la caridad para con el prójimo, sufriendo con paciencia sus flaquezas y adversidades y brillando en todos nuestros actos la más severa justicia, que levanta y engrandece á las naciones y á los individuos, es necesario que los medios que se pongan en práctica para conseguir el fin religioso de la instrucción primaria, atiendan á grabar vivamente en el corazón de los niños las sublimes máximas y preceptos del Evangelio.

Las ideas, los sentimientos y las costumbres encarnadas en la persona del Maestro, que es el modelo que los niños han de tener siempre delante, con quien han de estar en inmediato contacto, influyen en la formación de las convicciones, de los sentimientos y de las costumbres del discípulo tan directa y eficazmente como la atmósfera que respira, como el alimento de

que se nutre y como el vestido que le libra de la intemperie, en su salud y en su vida. Por eso el mejor medio para la consecución del fin religioso de la instrucción primaria es el ejemplo del Maestro. Sea éste bueno, virtuoso, justo, prudente, afable y cariñoso, y sus discípulos indudablemente adquirirán estas virtudes. De lo contrario, nada valdrán las palabras, las exhortaciones y consejos, pues el niño, con muchísima razón podrá repetir el célebre «Si vis me flere, flendum est tibi primum».

Desde el momento que el niño penetra en la Escuela, debe el Maestro vigilar sus nacientes pasiones, dirigirlas, reprimir las malas inclinaciones; excitar y fomentar los buenos sentimientos; presentar el vicio en toda su fealdad; preservar la angelical inocencia y candor de la edad primera, inspirarle una fé viva y sincera, para lo cual es absolutamente necesario que el mismo Maestro esté animado de esa viva fé, porque *ex abundantia cordis loquitur os*, y de éste modo inflamará fácilmente el alma de sus discípulos; mientras que, por el contrario, su frialdad y su ejemplo destruirían todo el poder y toda la autoridad de sus lecciones.

Cuando el niño empieza á asistir á la Escuela, ya lleva alguna idea de Religión, salvo desgraciadas y tristes escepciones; ya ha oído hablar á su madre de Dios, del Cielo, de los ángeles, por consecuencia,

fácil le es al Maestro continuar la obra comenzada por la bondad y ternura de la madre. El fin religioso de la instrucción primaria empieza á cumplirse en el hogar doméstico por la oración matutinal que la buena madre enseña al niño, y por la que, al cobijarse en la cuna, dirijen ambos á la Virgen; y esta enseñanza debe continuar el Maestro al principiar y concluir la clase. Así, pues, otro de los medios que deben emplearse, es empezar y concluir los ejercicios de la Escuela por la oración; más no por una oración rutinaria, sinó atenta, sencilla, fervorosa y sentida, á fin de que Dios derrame sus bendiciones sobre los discípulos y el Maestro, y para que aquellos vayan formando en su corazón el sentimiento religioso. La explicación de los pasajes bíblicos, los cantos religiosos, la contemplación de la naturaleza, todo contribuye á fomentar este sentimiento. El Maestro que, como ya dejamos dicho, ha de ser en todos los instantes el modelo y ejemplo de sus discípulos, ha de verificar todos los actos religiosos con tal respeto y gravedad que se deje traslucir fácilmente la fé y la piedad de que su corazón rebosa. No hay, por otra parte, una lección de la Escuela, una sencilla acción de un niño que no ofrezca ancho campo al Maestro para desarrollar y fortalecer la fé y la piedad cristianas en el corazón de sus discípulos, para ensalzar el poder y la bondad de Dios y ver la pequeñez y miseria de las criaturas, como igualmente su

destino en ésta y en la otra vida y los deberes que está obligado á cumplir. En una palabra, porque temo extenderme ya demasiado, en la Escuela, en el Templo y en todas partes, tiene el Maestro sobrados medios para cumplir el fin religioso de la primera enseñanza. Así llegará el niño á comprender que la Religión es una hermosa flor, cuyo perfume es el mismo Dios, y cuya planta es la fé; y en vano, como dice Augusto Nicolás, quisiéramos tener perfume sin flor, y flor sin planta; no tendríamos el perfume de Dios sin la Religión, y no tendríamos la planta sin la fé. De este modo se convencerá el niño de que de esta enseñanza, de estos salvadores principios es de donde ha de conseguir la felicidad de esta vida y el fin para que fuera criado, porque lo demás es ampolla de jabón que presenta á nuestra vista los hermosos colores del iris, pero que desaparece al soplo del más ligero viento; es juguetona mariposa que deja en nuestras manos el polvo de sus pintadas alas, cayendo á nuestros piés el desnudo gusano.

II.

Fin social de la instrucción primaria.

Y después de cometida en el Paraiso la culpa primitiva, dijo Dios al primer hombre. «In sudore vultus tui vesceris pane». Con el sudor de tu rostro comerás el pan». De aquí se deduce perfectamente que este es un precepto general puesto á toda la humanidad, y que, el que pasa su vida en el ocio y las delicias, falta evidentemente á él. Por eso todos los legisladores y la sociedad toda miran como un peligro, como una peste al hombre que no se consagra al trabajo.

Además, el trabajo ennoblece y da vida al hombre; porque la inacción es la muerte; el movimiento es la vida. Nada está ocioso en el mundo; todo se mueve. El sistema de los mundos está basado en el movimiento. El trabajo es el progreso. La vida termina por la inacción. El trabajo mantiene en vigor las fuerzas del cuerpo y las del alma. La holganza envilece y degrada al hombre.

Más el trabajo necesita un guía. Este guía es la instrucción. La instrucción sí, que metodiza y hace agradable y fructífero el trabajo. El labrador, el ar-

tista, el obrero, el comerciante hallan en la instrucción el perfeccionamiento y progreso de sus respectivas ocupaciones. He aquí, pues, dos de los fines sociales de la primera enseñanza, hacer al niño trabajador é instruido.

Todos saben perfectamente que el trabajo es la única fortuna, el capital único de la generalidad de los hombres, obligados á ganar el sustento con el sudor de su rostro. Luego todos los esfuerzos del Maestro deben dirigirse á crear en el niño hábitos de trabajo, porque de lo contrario, ya hombre, le sería muy difícil acostumbrarse á él, y sin afición al trabajo, constituiría una carga pesada para la sociedad, para la familia y para sí mismo.

La vida pública de los hombres está íntimamente relacionada con su vida doméstica; la felicidad de los estados nace de la felicidad de las familias; y la felicidad de la familia es imposible, si el hombre no es trabajador; si el hombre, con una honrosa profesión, arte ú oficio, no atiende á las necesidades de la familia, y por consecuencia lógica, tampoco la sociedad puede ser feliz.

Mas, como son tan múltiples y variadas las profesiones, carreras y oficios, el fin social de la instrucción primaria es dar al niño los conocimientos necesarios para dedicarse á una carrera, arte ó profesión, especialmente los más indispensables, como la lectura

y escritura, sin los cuales no se puede dar un paso en el camino de la ciencia, ni adelantar en las artes y la industria.

Su fin principal ha de ser perfeccionar la vida del niño, acercándola á su ideal supremo, que es Dios, cuidando con esquisito afán de su educación física, intelectual, moral, religiosa y estética; porque si el niño ha de llegar algún día á ser un verdadero artista, necesita mirada para ver y contemplar la hermosura ideal, corazón para amarla y mano para darla vida y expresión.

No es la instrucción primaria, la Escuela, como vulgarmente se cree, la cátedra donde únicamente se enseña á leer, escribir, contar y las demás asignaturas que la Ley manda, no, esto es un error, el fin de la primera enseñanza es más grande, va más allá, tiende á educar al niño, á prepararle para ser un buen ciudadano y á encaminar su alma hácia su último fin, porque ha de vivir después de acabado el mundo. El fin de la Escuela es desarrollar el amor, la caridad; porque las fuentes principales de la felicidad, á que irresistiblemente aspira el hombre, no son las riquezas, que desaparecen fácilmente, ni la salud, que el más ligero soplo la destruye, ni el talento, que si no tiene por base la fé, ensoberbece y precipita, ni la hermosura, que se aja y marchita como las flores, sinó la bondad del corazón y la caridad. Porque la Caridad, según

dice San Pablo, es paciente y benigna; la caridad no es envidiosa; no obra precipitadamente; no se ensoberbece; no obra en vano; no piensa mal; no goza de la iniquidad, sinó goza de la verdad; todo lo sobrelleva; todo lo crée, todo los espera (1). Grabe, pues, el Maestro éstas sublimes palabras del Apóstol en el tierno corazón del niño, y así, no solamente se cumplirá uno de los principales fines de la primera enseñanza, sinó que, llevándolas después el niño al terreno de la práctica, su vida será cual hermosa flor, cuyo perfume y aroma embalsamará los días de su existencia, y la fragancia de sus virtudes alcanzará á los que le rodean.

Como el hombre es sociable por naturaleza, como lo demuestran claramente los diversos dones con que el Hacedor le dotara, entre ellos el de la palabra, si ha de existir la sociedad, es preciso que los inferiores obedezcan, pero con verdadera y fiel obediencia á sus superiores. El que manda ejerce su poder en virtud de una delegación que Dios le confiere, y en su nombre ejerce la autoridad. Por eso el que á ella falta, falta á Dios. Hé aquí, pues, otro de los fines sociales de la instrucción primaria, enseñar al niño á ser obediente, acostumbrarle á sujetar su voluntad terca é indócil, sometiéndose al yugo de la debida y justa obediencia, no dejando avasallar su corazón por la

(1) Epístola primera de S. Pablo á los Cor. cap. 12.

envidia ni por el deseo de dominar; á reprimir su genio, por regla general inquieto y díscolo, á respetar y obedecer á las autoridades legítimamente constituidas y á sus superiores, haciéndole que jamás olvide aquellas sublimes palabras del Divino Maestro: «Discite á me, quia mitis sum et humilis cordæ». «Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón». Ya sé yo que esto cuesta, que esto es difícil; pero también es preciso disputar á las olas su poderío, y arrostrar con valor sus furores, para llegar al fondo del mar y sacar las perlas que han de adornar la frente de las damas, y sin embargo, se desprecia muchas veces hasta la vida, por conseguirlo, y no hay perla más hermosa ni de mayor valor que la obediencia y humildad. Verdad es que, para esto hay que luchar; pero la vida es una lucha continúa, y dejar de luchar es dejar de vivir.

Todos sabemos que en esta vida el hombre está rodeado de miserias y penalidades, y á cada paso encuentra mil motivos de pena y de tormento; la avaricia le oprime, el orgullo le exalta, la envidia le consume, la concupiscencia le inflama, la sensualidad le afemina, la intemperancia le deshonra, la cólera le arrebatada, la prosperidad le hincha y la adversidad le abate hasta tal punto, que muchas veces quiere poner término á sus dolores por medios criminales y altamente reprobables. Hé aquí por tanto otro de los fines sociales de la instrucción primaria, arraigar en el cora-

zón del niño las virtudes cardinales: la fortaleza, que da serenidad en los peligros, paciencia en los trabajos, magnanimidad en los infortunios, firmeza en las resoluciones y dignidad en todos los actos de la vida. La templanza, que consiste en la igualdad que debe existir entre las necesidades reales de la vida y su legítima satisfacción, rechazando las facticias, á la cual hay que añadir la castidad, que es la templanza del hombre virtuoso en los apetitos sensitivos relativos á la reproducción, y la cual es la blanca azucena de las demás virtudes, y la prudencia y la justicia, en fin, que hacen del hombre que las posee un ser bueno y virtuoso.

La Urbanidad y Cortesía nos inclinan á tener al público toda la afabilidad y atención que se necesita para hacer grata la sociedad. Nada hay más odioso ni despreciable que un hombre grosero y mal educado. Aunque esté dotado de un gran talento, aunque su ciencia sea grande, si no es amable, cariñoso y cortés, no tendrá jamás simpatías, nunca logrará el afecto y consideración de los demás hombres. Este es otro de los fines de la instrucción primaria. No basta que el Maestro instruya al niño en los elementos del saber, indispensables para las necesidades de la vida, y que desenvuelva los preciosos gérmenes de que la Providencia le dotara, es preciso además, dar brillo y pulimento á la figura, y esto es lo que hace la Urbanidad

y Cortesía. Un diamante sin pulimento no refleja ni irradia los hermosos rayos de la luz; el sol empañado por negras nubes, no presta á la tierra su hermosura, su alegría, su calor y su vida. Un hombre descortés no puede lucir sus talentos, su instrucción y sus gracias, porque la gente esquiva su trato, le rechaza de su lado. Entre un sabio sin formas sociales y un ignorante humilde y cortés, dice Severo Catalina, es mil veces preferible el ignorante.

La sinceridad es tan importante como la obediencia, y es de inmensa trascendencia en la vida. La costumbre de mentir conduce fácilmente á la hipocresía y á los vicios más vergonzosos; por la mentira faltamos á la buena fé debida á los demás hombres (hablamos de la perniciosa, no de la oficiosa ni jocosa) y nos faltamos á nosotros mismos haciendo traición á nuestra conciencia. La mentira nos indigna y nos horroriza cuando la descubrimos en los demás, y en nosotros mismos nos avergüenza, si es que no está completamente pervertido el sentimiento moral. Hé aquí por tanto, otro de los fines de la instrucción primaria, hacer al niño veraz, porque además de ser un vicio condenado por la Ley de Dios, puede traer, en muchas ocasiones, gravísimas y tristes consecuencias, como acreditarlo pudiéramos, si no temiésemos ser ya demasiado pesados, con abundantes ejemplos.

Acostumbrar al niño al orden y á la economía es

otro de los principales fines de la instrucción primaria. El orden todo lo allana, todo lo facilita, y la economía crea recursos para las épocas de infortunio ó enfermedades, y si éstas no llegasen, puede constituir un capital que, aunque pequeño, acaso sea suficiente para procurar una vejez más descansada y tranquila. ¡Cuántas familias podían vivir sin miseria, si el padre no derrochase en tabernas ó cafés, en el juego ó en infames garitos el fruto de su trabajo, y cuántos crímenes se evitarían, hijos de la desesperación, producida por la miseria, y ésta por el desórden y el despilfarro!

Amor á la Pátria. El mismo Dios ha impreso este amor en el corazón del hombre. En la pátria se hallan, cobijados bajo un mismo cielo, los padres, hermanos, parientes y amigos, así es que en el amor patrio están reconcentrados todos los amores, todas las simpatías de nuestro corazón; por eso estamos obligados á amar á nuestra Pátria como se ama á una madre cariñosa. ¡Ah! ¡qué bien conoce y siente éste amor el que se halla ausente de ella ó desterrado! La pradera en que juguetón pasó los mejores años de su vida, la torre de su iglesia, cuya campana le anunciaba la fiesta, el amigo de la infancia, la casa que le cobijó, todo ello constituye un conjunto de gratos recuerdos que, muchas veces, endulzan los pesares del corazón. Arrai- gar en el del niño éste santo amor es otro de los fines de la instrucción primaria, haciéndole comprender

el sagrado deber que tiene de contribuir á su engrandecimiento, á su bienestar y prosperidad, honrándola con su talento ó con su trabajo y ayudándola en cuanto fuere menester y sus fuerzas lo permitieren.

Nos haríamos interminables si fuéramos á detallar uno por uno los diversos fines de la instrucción primaria. Como su objeto único no es solamente instruir, sino con más preferencia educar; de aquí que diremos, reasumiendo, que la Escuela debe devolver á la sociedad el niño que le confía instruido, para que pueda dedicarse con fruto á estudios ulteriores, ó para consagrarse con provecho á un arte ú oficio, y para sostener dignamente las relaciones sociales á que por la ley divina y natural está obligado, y educadas las principales facultades del alma, sensibilidad, inteligencia y voluntad, sobre todo y con gran interés las dos últimas, puesto que son las únicas que deciden la moralidad de las acciones humanas, preparando convenientemente la percepción, tanto interna como externa, la atención, memoria, imaginación, razón, juicio y raciocinio, subfacultades que es absolutamente necesario alcancen el mayor grado posible de educación para cumplir el fin social que el hombre tiene en este mundo, sin cuya educación y desarrollo, sería como la semilla á la que falta el agua, el aire y el vivificante calor del sol que no puede germinar, y por consecuencia no puede tampoco producir flores ni frutos.

Medios para su consecución.

Tres cosas son necesarias para que el Maestro pueda conseguir los fines sociales de la instrucción primaria, que ya dejamos descritos: *preservar, corregir, instruir*. Preservar al niño de los vicios, de que aún esté libre al entrar en la Escuela, conservando la flor preciada de su inocencia. Para esto necesita el Maestro esquisita vigilancia, separándole de los malos ejemplos. Corregir, esto es, destruir los vicios ó malos hábitos nacientes, empleando para ello mucha vigilancia y actividad, alejando todas las ocasiones que al mal puedan incitarle. Instruir al niño en todos sus deberes, haciendo que se forme una idea exacta de ellos, para lo cual no basta exponerles los preceptos, sinó que es necesario hacerle reflexionar sobre ellos, obligándole á practicar todos los que puedan tener lugar en la Escuela, persuadiéndole de que este deber alcanza no sólo á las acciones exteriores, sinó principalmente al corazón. No basta que el Maestro, para conseguir todos los fines que dejamos expuestos, pondere al niño las excelencias y beneficios del trabajo y de la instrucción, la hermosura de la bondad y de la Caridad, la magnificencia de la obediencia y la humildad, la necesidad de la urbanidad y cortesía, etcétera, es necesario que al consejo y á la explicación acom-

pañe el ejemplo del Profesor; vean los niños, que todo lo imitan, á su Maestro siempre trabajador, vean que no malgasta el tiempo libre en frívolos pasatiempos, sinó que por el contrario, trata de aumentar el caudal de sus conocimientos, de ensanchar el horizonte de su inteligencia; que la bondad se refleja en todos sus actos, que de sus escasos recursos reparte al necesitado; que á sus autoridades guarda el respeto y consideración debidos, en una palabra, que es bueno, justo, instruido y virtuoso, y ellos por regla general, imitarán tan buen modelo. Además en los libros de lectura, elegidos con tino y buen gusto, en las lecciones de Historia Sagrada y de España tiene el Maestro infinitos medios y recursos para poner ejemplos á sus discípulos, que, presentados y explicados con oportunidad é inteligencia, pueden grabarse tan profundamente en el ánimo siempre impresionable de los niños, que con facilidad se consiga el fin social de la instrucción primaria. La Escuela misma proporciona constantemente al Maestro, en las variadas acciones de los niños, sublimes modelos que ofrecen un libro completo de moral cristiana y de virtudes y vicios sociales. Aprovéchelos con tino y prudencia, é indudablemente encontrará medios suficientes y sobrados para educar convenientemente el corazón de sus discípulos. De buena gana apuntaríamos aquí lo que nuestra larga práctica nos ha enseñado; pero esto sería muy pesado, y

entiendo yo que acaso hayamos fatigado con exceso la atención del digno Jurado, y no es ese nuestro ánimo, por lo que vamos á terminar.

Síntesis.

Para que el hombre pueda cumplir libremente su destino en ésta vida y en la otra, es preciso que le conozca, y por eso ha puesto Dios en su alma la luz de la inteligencia. La vida del hombre, sin tan brillante antorcha, sería como los campos sin la luz del sol, vida material, donde jamás brotaría la virtud, que inunda de suaves y perfumados aromas el alma y derrama en el corazón el dulce néctar del consuelo, de la fé, de la esperanza y del amor.

La inteligencia es, pues, de absoluta necesidad al hombre, y por tanto cultivarla y desarrollarla es no sólo un deber, sinó una necesidad de la vida. Homo duplex est. La vida humana es, por tanto, muy compleja. De un lado Dios, el alma, la inmortalidad, la Religión, la moral; de otro, la sociedad, el hombre, la ciencia, el arte, la industria, el comercio, la política, como necesidades reales y positivas de la humanidad, requieren y exigen toda la atención, toda la actividad posible. Pretender que el hombre conozca la verdad, aunque brilla en todas partes, que consiga la ciencia, que aspire al conocimiento de la verdad, *de lo que es,*

como dice S. Agustín, que posea el arte, que es la estética del corazón, y al que impulsa hácia el bien, sin la Instrucción primaria, sin la Escuela, sería empeño tan vano, como el querer fundar un edificio sobre la movible superficie de las arenas, como el querer remontarse hasta el sol, atravesando las etéreas regiones.

Este es, pues, en síntesis, el fin religioso y social de la Instrucción primaria: enseñar al niño el bien, la Ley divina, que le marca claramente los medios de cumplir su destino providencial; ajustar sus acciones todas á ese principio salvador; cumplir fielmente esa Ley; amoldar el albedrío de su voluntad á los preceptos de Dios; crear en su espíritu hábitos de trabajo; ilustrar su inteligencia; sembrar en su corazón las semillas de la Caridad, de la obediencia y la humildad, de la urbanidad y la cortesía, de la veracidad y la economía, de la Fortaleza, la Templanza, la Justicia, y la Prudencia; y amando y esperando en el Dios que le redimió y le dignificó, poniendo en su alma un destello de su esencia creadora; de ese Dios que, como dice el P. Félix, da al genio de la filosofía la intuición y amor de lo verdadero, y al genio de la santidad la intuición y amor de cuanto existe de más justo; al genio del arte la intuición y el amor de cuanto hay de más hermoso; de ese Dios que es el motor divino del progreso filosófico, moral, social, científico y económico, y también el motor del progreso artístico, para

que algún día, remontándose en alas de una fé viva, pueda atravesar las nubes de oro y rosicler, que sirven de bóveda á nuestras cabezas, y llegar hasta el áureo y ebúrneo Trono del Eterno, después de haber dejado en este valle de lágrimas las semillas y los aromas de las virtudes que le elevaron hasta la Celeste Mansión....

He dedicado con gusto los escasos ratos, que mis continuas obligaciones me dejan libres, al desarrollo de un Tema, que para mí tiene grandes simpatías é inmensa trascendencia, por el que se comprende y ve que la Escuela, la Instrucción primaria, esa institución hoy tan abandonada y despreciada, la Escuela, esa casa tan humilde, tan pobre, tan pequeña al lado de los marmóreos palacios de los grandes y poderosos; la Escuela, donde en el silencio y en el olvido, un sér pobre y desatendido educa la futura generación, preparando hombres para la sociedad y ciudadanos para el Cielo, es la base más firme, la única base de la regeneración social.

No encontraréis en mi trabajo las ricas manifestaciones de la inteligencia, ni las galas de la oratoria, ni acaso el acierto debido para el desarrollo de un tema tan vasto y tan hermoso; pero sí hallareis, en cambio, la buena voluntad para acudir gustoso al llamamiento que á los Maestros burgaleses se nos hace para el Certámen Pedagógico.

Lid literaria que ilustra, que ensancha los hori-

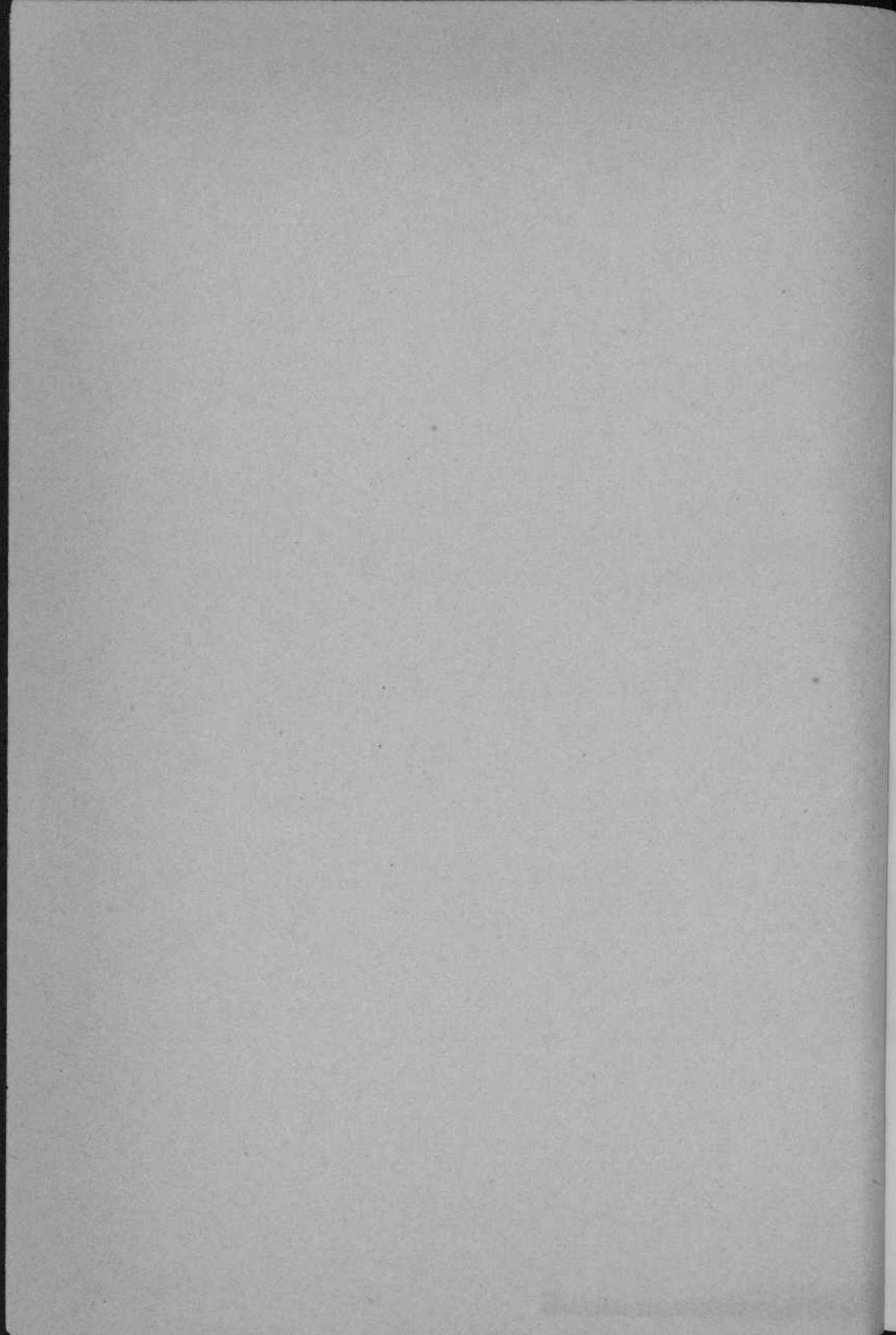
zontes del saber; lid que siempre deja en pos de sí, no un rastro de sangre, de llanto, ruina y desolación, como las lides sangrientas de la guerra, sinó una estela benéfica de luz, de ilustración, de perfeccionamiento.

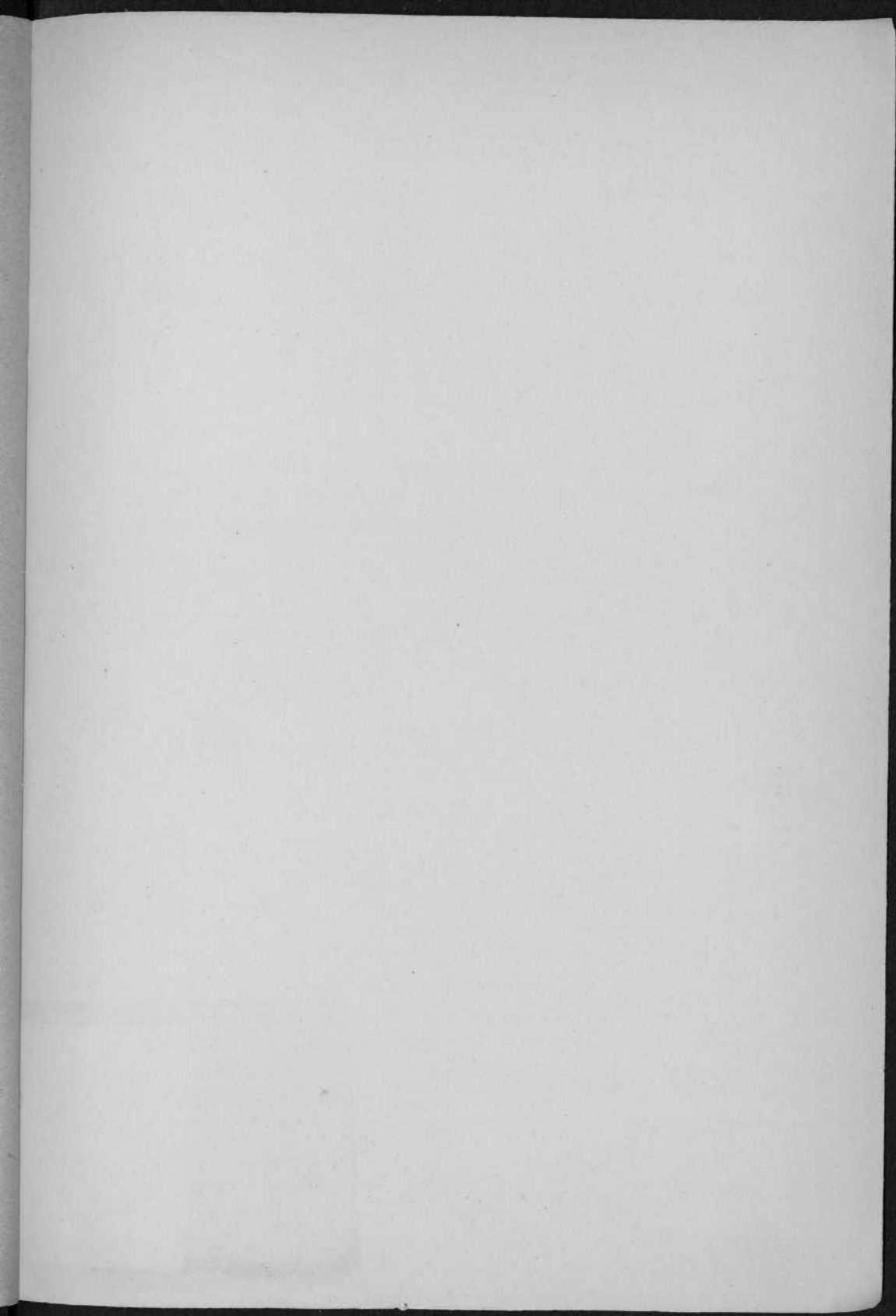
Amante decidido y entusiasta del noble y leal pueblo de Burgos, de la antigua Cámara de Reyes, de la Cabeza de Castilla, de la primera en voz y en fidelidad, nunca he dudado, ni dudaré, en darla cuanto puedo, que es bien poco. Por eso hoy, soldado de fila, acudo gustoso á la brecha, no á disputar el lauro de la victoria, sinó á luchar como bueno; y al caer vencido en la demanda, diré, parodiando á los gladiadores romanos, Ilustre Jurado, yo os saludo.

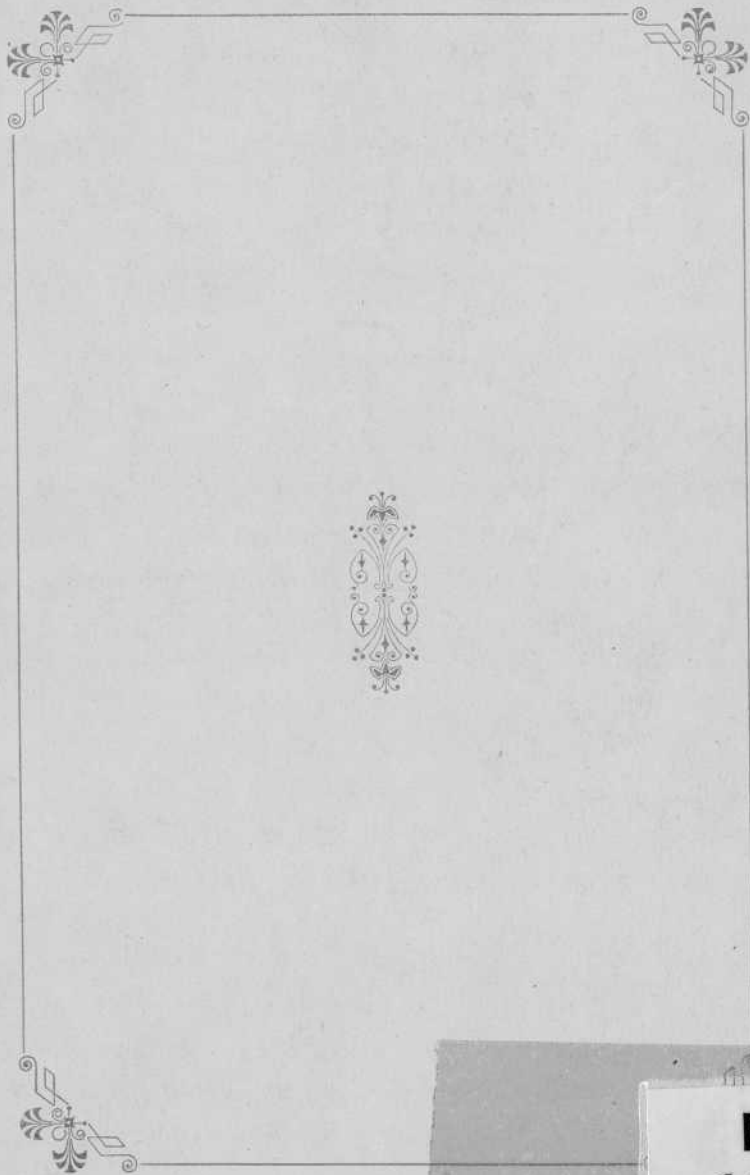
Agustín Ruiz Yanguas.

Burgos, Julio del 89.









**BU
1916
(7)**